

# El progresivo deterioro de la democracia

Óscar Iglesias  
Diputado socialista  
en la Asamblea de  
Madrid

**Con** los acontecimientos políticos que vienen sucediéndose en los últimos tiempos, es oportuno, antes de analizar el progresivo deterioro que está sufriendo la democracia, que recordemos a dos clásicos del pensamiento de nuestra civilización.

El primero es Platón, cuando en *La República* dice que "a la libertad más completa y más ilimitada sucede el despotismo más absoluto y más intolerante". El segundo es Aristóteles, cuando, en *Política*, afirmaba que "la democracia existe cuando los libres ejercen la autoridad y una oligarquía cuando los ricos... Y tendremos democracia cuando los libres y pobres, siendo muchos tengan el control del poder y oligarquía cuando los ricos y más nobles, siendo pocos".

¿Por qué recordar a Platón y Aristóteles en estos momentos? Primero, porque hemos asistido a una nueva vuelta de tuerca, de lo que denominamos mercados, a la democracia. Dos presidentes de gobierno, de democracias tan consolidadas como la griega y la italiana, han abandonado sus cargos, no porque los ciudadanos en las urnas hayan dado la espalda a sus políticas y no les hayan votado, sino porque se han visto forzados por los poderes económicos a dimitir ante la presión especulativa sobre sus economías. Segundo, porque los dos sucesores son tecnócratas que, bajo el falso paraguas de la eficacia, pretenden algo tan totalitario y antidemocrático como alejar a los ciudadanos y a la política de la toma de decisiones para salir de una crisis a la que esos propios tecnócratas nos han llevado, con falta de transparencia y engaños que ocultaban su defensa de los intereses del poder financiero.

El nuevo primer ministro griego, Lucas Papademos, ha sido vicepresidente del Banco Central Europeo entre los años 2002 y 2010. Antes, de 1994 a 2002, fue gobernador del Banco Central griego, donde tuvo un papel protagonista a la hora de ayudar a Grecia a entrar en la zona euro, participando presuntamente en la operación de maquillaje de cuentas que habría realizado Goldman Sachs. Entidad que recibió a cambio un pago de 300 millones de dólares.

Por su parte, el nuevo primer ministro italiano, Mario Monti, tras ser comisario europeo, fue nombrado consejero internacional de Goldman Sachs en 2005. Pero lo grave no es lo que fue; lo es que tras ser nombrado primer mi-

nistro y formar un Gobierno sin políticos ha declarado que "la ausencia de políticos hará que sea un Gobierno más sólido", olvidando que la legitimidad democrática la dan las urnas y no los bancos de inversión.

La ocupación del poder democrático por los mercados y la cuestión de qué intereses defenderán tiene otro episodio en el nombramiento del nuevo presidente del Banco Central Europeo (BCE), Mario Draghi, que trabajó de 2002 a 2006, como vicepresidente para Europa en Goldman Sachs.

Y en tercer lugar, porque se acepta un grave déficit democrático cuando por parte de gobiernos elegidos en las urnas por los ciudadanos se permite que instituciones financieras privadas condicionen las políticas que se realizan. El resultado es la reducción de la autonomía de los Estados, el incremento del desempleo, la reducción de los salarios y del nivel de vida, y el aumento de la pobreza junto a una mayor acumulación de la riqueza en unos pocos. Y junto a lo anterior, el vacío de legitimidad que se produce, al confirmarse que una parte de la política no la deciden los ciudadanos sino que se decide por una supuesta eficacia y solvencia técnica, está haciendo que amplias capas sociales se alejen de la política y cuestionen cada vez más el sistema de representación en la democracia.

La crisis que estamos sufriendo, el modo como se han producido los nombramientos de los primeros ministros de Grecia e Italia y el del nuevo Presidente del Banco Central Europeo (BCE), junto con el grave déficit democrático que se está produciendo en las democracias occidentales, nos tienen que llevar a plantearnos la pregunta de hasta qué punto el poder acumulado por los mercados financieros, desde los años ochenta hasta nuestros días, es compatible con la idea de democracia. La respuesta es evidente: cada vez menos. Entonces, ¿qué hacer?

Para poder cambiar las cosas hay que ser consciente de lo que está sucediendo. Y no es otra cosa que una guerra, durante años soterrada pero ahora abierta, entre la democracia y los mercados, entre la política y los mercados financieros que comenzó a principios de los años ochenta.

La democracia es un sistema de equilibrios y hoy éstos están rotos, por lo que se hace necesario avanzar a otra etapa de desarrollo democrático con mayor participación

de los ciudadanos. La evolución de la democracia en el siglo XXI pasa por realizar un cambio político, económico y social que se centre en la libertad, la igualdad y la distribución de la riqueza, con las personas como protagonistas. De lo contrario, el grito de muchos ciudadanos en las calles, cuando dicen "lo llaman democracia y no lo es", se hará realidad, porque la razón de la supuesta solvencia técnica, sin los consensos políticos y sociales básicos, entra en contradicción con la lógica democrática. La democracia implica una socialización del poder, de todos los poderes. Hay que buscar la extensión de las prácticas y procedimientos democráticos en las diferentes esferas sociales y económicas, porque las ideas de democracia, de libertad, de igualdad y de participación, que han impregnado en mayor grado a la sociedad que a algunas de sus organizaciones, son indivisibles. ¿Cómo hacerlo? La cuestión fundamental es la necesidad de evitar concentraciones excesivas de riqueza y de poder que lleguen a ser disfuncionales para la sociedad y que impidan una participación de todos los ciudadanos en condiciones de igualdad. Más aún después de la crisis financiera internacional que en poco tiempo se convirtió en una crisis global.

Hay que dar la batalla, para que el interés general subordine a unos mercados financieros que solo buscan el beneficio a cualquier precio y para que la política tenga el control con el objetivo de conseguir desarrollo, igualdad y sostenibilidad. Hay que aprovechar la mayor información que tienen los ciudadanos sobre las tropelías de los mercados y sobre los costes sociales y vitales que están sufriendo los habitantes de la Tierra en forma de desigualdad, pobreza, desempleo, cambio climático, para que el poder económico no consiga lo que hasta hace poco, y después de la crisis, parecía imposible, que además de mantener el *statu quo* anterior a 2007 campando a sus anchas sin regulación, tras un periodo de incertidumbre salgan con más poder de la crisis.

Hoy son necesarias dos cosas. La primera, recordar que el sistema de equilibrios democráticos que se consiguió en Europa tras la II Guerra Mundial trajo consigo el periodo de mayor crecimiento económico, igualdad y paz que ha conocido Europa. La segunda, que la ruptura de ese sistema de equilibrios, a partir de los años ochenta, bajo el dogma neoliberal de que los mercados financieros desregulados son eficaces en la asignación de recursos, no solo ha fracasado, sino que ha provocado una mayor concentración de la riqueza entre unos pocos mientras se incrementan las desigualdades.

Ante semejante panorama hay que romper los estrechos márgenes de actuación que los mercados financieros

han ido dejando a la política durante las últimas tres décadas y actuar contundentemente bajo la premisa democrática de que los gobiernos, al ser elegidos por los ciudadanos en las urnas, responden de sus políticas ante los ciudadanos y no ante los mercados financieros u organismos internacionales como el FMI o el Banco Mundial, que no tienen ningún tipo de legitimidad democrática para imponer políticas. Y menos aun después de una crisis que ha demostrado su fracaso absoluto.

Muchas son las incertidumbres y algunas las certezas. Entre las segundas está que los mercados financieros no tienen entre sus objetivos el bienestar de los ciudadanos, por lo que tiene que ser la política democrática la que resuelva la crisis y restablezca el sistema de equilibrios que supone la democracia. ¿Qué significa esto? Recuperar el espacio de la política y que la economía esté al servicio del interés general, tanto en el ámbito nacional como en la construcción internacional de una democracia global. En ambos casos, el Estado (los Estados) es el instrumento esencial para conseguir estos objetivos.

Si hacemos esto, la crisis se resolverá con más igualdad y democracia. Pero si vamos por el camino que están tomando actualmente las cosas, donde parece que triunfan nuevamente los mercados financieros, hay que decir que o la política recupera su capacidad de control sobre los denominados mercados o volveremos a vivir una crisis similar a la actual con un *hándicap*: las revueltas violentas se extenderán como la pólvora por todo el Planeta, incluida Europa.

La tecnocracia y la supuesta solvencia técnica no es la solución, porque han sido el problema. Son necesarios consensos políticos y sociales básicos, desde la política y con la legitimidad que dan los ciudadanos en las urnas, para conseguir una nueva legitimidad social y política hacia una democracia más avanzada que se desarrolle en una economía de mercado, pero no en una sociedad de mercado. Hay que dar respuestas políticas a los problemas sociales y económicos que ha originado el fracaso del neoliberalismo económico, que lo basaba todo en el dogma de la eficacia de los mercados y en la garantía de la técnica, es decir, que lo fiaba todo a la tecnocracia.

Acabar con el descontento ciudadano y mejorar la democracia no se va a conseguir ni con populistas ni con tecnócratas. Se necesita la política y la participación activa de los ciudadanos, porque los peores errores que pueden cometer algunos gobiernos son dos: olvidar la importancia que en términos políticos, sociales y económicos tiene la cohesión social, y plantear salir de la crisis recortando aspectos básicos del Estado de Bienestar. **TEMAS**